

tra el Cabo de Buena Esperanza, envió para salvarle al Bailio de Suffren, que con su escuadra se dirigía á defender las posesiones francesas de la India, á recuperar las que los ingleses habían tomado á los holandeses en aquellos parajes, y á atacar en ellos las de los mismos ingleses.

El 16 de Abril se halló sorprendido el comodoro Johnston con el aviso que le dieron de que se avistaban 11 velas francesas. Acercándose éstas al puerto, entraron en él á mano armada, y dando fondo, emprendieron dentro de él al áncora un reñido combate, en el cual se vió precisado Suffren á cortar los cables y á continuar su ruta perseguido por Johnston, que tuvo que retirarse sin haber hecho presa alguna. Pero el Bailio de Suffren logró el fin que se proponía en este golpe atrevido y decisivo para su objeto, pues habiendo maltratado mucho la escuadra y expedición de Johnston, tuvo éste que detenerse mucho tiempo en Santiago, para reparar sus pérdidas. Entretanto Suffren dejó en el Cabo los refuerzos de tropas que llevaba para aquel destino, y habiendo tomado los refrescos necesarios para su escuadra, y dejado sobre aviso y en el mejor estado de defensa aquel importante puesto, como se le había mandado, continuó su derrota á la India, donde tuvo diferentes combates sucesivos, á cual más gloriosos, contra los

ingleses, logrando casi siempre la superioridad sobre el Almirante Hughes y los demás que mandaban las fuerzas navales de la Gran Bretaña; sostuvo en aquellas remotas regiones el honor de las armas francesas, y defendió las posesiones que en ellas tenían los holandeses, como más por menor podrá verse en la *Historia imparcial*, citada más arriba, no siendo aquí del caso el entrar en el pormenor de estos detalles, ajenos de mi principal objeto.

El comodoro Johnston se dirigió cuando pudo al Cabo de Buena Esperanza, que ya no le fué posible atacar. Al retirarse, tuvo noticia de hallarse en la Bahía de Saldaña cinco navíos holandeses que venían de la India ricamente cargados, y al favor de una niebla muy espesa, pudo entrar en ella sin ser visto, hasta que ya estaba encima. Aunque los holandeses (no quedándoles otro recurso) los hicieron dar contra la costa y les pegaron fuego, pudieron los ingleses apagarlo en cuatro de ellos de que se apoderaron, conduciéndolos á Inglaterra como único fruto de los vastos proyectos á que se había dirigido aquella expedición.

No puede darse una infracción más manifiesta contra todos los derechos y tratados reconocidos hasta ahora, que la que acababa de hacer el Bailio de Suffren, internándose á mano armada en la Bahía de Santiago, para empeñar

decididamente en ella un combate en un terreno neutro. Mucho menos hubiera bastado en otros tiempos para que la Inglaterra hubiese forzado al Portugal á exigir de parte de la Francia una satisfacción la más completa; pero el estado de abatimiento en que se hallaba la Gran Bretaña, la hizo pasar por todo, y fué muy poco lo que se habló en Lisboa de este escandaloso procedimiento. Las Monarquías y los hombres particulares tienen más semejanza entre sí que la que parece regular.

Los holandeses habían ya empezado sus hostilidades con la Inglaterra, como se ha visto arriba, y los ingleses les habían tomado sus mejores establecimientos, como Trincomale y Negapatan en la India; las islas de San Eustaquio, Esequibo y Demerari en la América, y muchos ricos convoyes. No obstante esto, el Príncipe Stathouder (inglés en el alma) ponía continuos obstáculos para retardar todos los armamentos; pero no fueron suficientes, y lograron al fin los holandeses, hostigados por la Francia, hacer salir una escuadra compuesta de siete navíos de línea á las órdenes del Contralmirante Zoutman, para proteger su comercio. Descubrieron los holandeses la mañana del 5 de Agosto una escuadra inglesa de 11 navíos, mandada por el Almirante Parker, que iba escoltando un convoy sobre el Cabo de Tornay en la Noruega.

Empeñóse un combate muy reñido entre igual número de navíos, pero con inferioridad de fuerzas de parte de los holandeses, que tenían de menos pasados 36 cañones. Con todo, lograron hacer éstos la más gloriosa defensa, y los buques de ambas partes quedaron muy derrotados. Es muy digna de notarse la pregunta que el Comandante de una fragata holandesa hizo á su Almirante durante el combate. Hallándose su buque imposibilitado de continuarle, hizo señal, no para preguntar, ni para decir se veía precisado á rendirse, sino *para saber si debía echar á pique la fragata ó volarla con él*. Lo que indica el valor y obstinación del Comandante. El General le respondió que *iba inmediatamente á tomar su puesto*, como lo hizo, mandando retirar su fragata de la línea de batalla.

Si el Stathouder hubiera procedido imparcialmente y de buena fe en esta guerra, el valor y buenas disposiciones que en ella mostraron los holandeses no dejaban duda de que este nuevo enemigo hubiera sido de gran consideración. Otro medio, casi más poderoso que el de las armas, tendrían los holandeses para hacer la guerra á la Inglaterra, que sería el retirar á un tiempo del Banco de Londres todos sus fondos, que componen una gran parte de él; lo cual produciría indispensablemente una bancarrota en Inglaterra; pero como ésta sería suma-

mente perjudicial al mismo comercio de la Holanda, éste, y el de toda la Europa están interesados, y aun obligados á sostener, aun en tiempo de guerra, el crédito de la Inglaterra, y aun empeñados algunas veces á interesarse en el éxito de sus operaciones militares, hasta el punto que convenga para sostenerlo.

El 30 de Mayo hubo un combate particular muy reñido entre las dos fragatas inglesas *La Flora* y *La Crescent*, de 36 y 28 cañones, y las dos holandesas de 26, *El Briel* y *El Castor*. Rindióse *La Crescent* al *Briel*, no obstante la superioridad de su fuerza; pero estaba en tan mal estado la fragata holandesa, que no le fué posible apoderarse de la inglesa, contentándose con poder ganar el puerto de Cádiz, donde entró afortunadamente, aunque desarbolada y sin timón. La fragata *Castor* tuvo que rendirse á las inglesas; pero perseguidas éstas el 19 de Junio por dos fragatas francesas, el Capitán inglés de *La Flora*, llamado William Peer, se vió obligado á tomar la fuga, en la cual se apoderaron las fragatas francesas de la *Castor* que había tomado á los holandeses.

El Almirante Darby logró introducir nuevos socorros en Gibraltar el día 12 de Abril de este mismo año de 81.

Llevando el Rey Carlos adelante su deseo de conquistar á Mahón, escogió para esta impor-

tante empresa al Teniente general Duque de Crillon, digno por su intrepidez y valor natural de tan distinguido nombre bien conocido en la historia de Francia. Salió éste de Cádiz el 22 de Julio con 12.000 hombres de desembarco, escoltando los 100 buques que los transportaban, dos navíos de línea de 70, cinco fragatas, seis jabeques y seis bombardas, cuyas fuerzas marítimas mandaba D. Ventura Moreno. Los vientos contrarios obligaron á esta expedición á entrar y detenerse mucho tiempo en el puerto de Cartagena; pero cambiado finalmente el tiempo, hicieron felizmente la travesía y llegaron en tres días á Mahón. El 21 de Agosto por la noche se hizo el primer desembarco en cuatro parajes diferentes, habiendo el General hecho tres divisiones de su escuadra, para bloquear á un tiempo los fuertes de Citadela y Fornell. Estuvo en muy poco el que dos batallones enemigos que se hallaban ocupando unos puestos distantes del fuerte de San Felipe, no fuesen prisioneros de los españoles; pero una casualidad les fué favorable, y lograron poderse retirar á la plaza.

Apoderóse el Duque de Crillon con algunas brigadas de Granaderos de Voluntarios de Cataluña, y las de Búrgos, Murcia y América, de la ciudad de Mahón y de los almacenes y puestos exteriores, haciéndose dueño del puerto y

de 160 piezas de cañón que lo defendían, por no tener aquellos puestos resistencia alguna por la espalda. Había en el puerto de Mahón y en los demás de la isla hasta 100 navíos, y entre ellos 14 corsarios armados, de modo que se cree que estas presas ascendieron á más que las que hizo Rodney en San Eustaquio. Toda la isla prestó con gusto juramento á su antiguo Soberano, y dueño enteramente de ella el Duque de Crillon, distribuyó sus fuerzas en los diferentes puestos para su seguridad, quedándose con el cuerpo del ejército para hacer el sitio de la importante fortaleza de San Felipe, una de las mejores y más fuertes de toda Europa, que había costado á los ingleses más de millón y medio de libras esterlinas el llenarla de minas y ponerla en el punto de perfección en que se hallaba.

El General Murray, que mandaba la plaza y la isla, se vió desde luego obligado á retirarse al fuerte con los 3.000 hombres que tenía á sus órdenes. Tres días antes de la llegada de Crillon había sabido por Génova los proyectos hostiles de los españoles contra la isla, y sólo tuvo el tiempo preciso para embarcar á su mujer y hacerla pasar á Italia.

Empezó el Duque de Crillon los preparativos del sitio, y se aprontaba ya en Barcelona un cuerpo de 4.000 hombres para aumentar su ejército.

Los franceses (para no dejar de hallarse en todo) quisieron también enviar tropas á esta expedición, y salieron de los puertos del Mediterráneo varios bastimentos de transporte, á bordo de los cuales pasaron á Mahón 5.000 hombres á las órdenes del General Barón de Falkenhain.

Publicó el General Crillon un decreto por el cual mandaba salir de la isla á todos los judíos y griegos, cuya fidelidad debía con razón serle sospechosa, declarando al mismo tiempo podían restituirse con toda seguridad á la isla los corsarios que se hallaban fuera, navegando con pabellón inglés. Continuaba el Duque de Crillon los preparativos del sitio sin poder adelantarlos lo que quisiera, por no haber llegado hasta 1.º de Octubre el refuerzo de tropas y la artillería gruesa que se esperaba de Barcelona. Pocos días después de haber ésta desembarcado, logró ejecutarlo también un socorro de 800 ingleses y algunas piezas de artillería que atacaron la Torre llamada de las Señales. Los 14 hombres que la guarnecían se encerraron en ella é hicieron una fuerte resistencia; pero los enemigos se preparaban á volar la fortaleza, cuando vieron llegar un destacamento de 1.000 hombres, á la cabeza del cual venía el General Crillon, y los ingleses se creyeron muy felices cuando lograron evitar el choque por medio de una huída precipitada.

El día 16 de Octubre hicieron los enemigos otra salida; pero fueron rechazados con pérdida.

El 24 desembarcaron las tropas francesas, con las cuales llegaba ya á 18.000 hombres el ejército. Pusieron 14 baterías contra la plaza en que había 120 cañones y 14 morteros. Los ingleses lograron desmontar una de estas últimas, y echar á pique un navío cargado de municiones; pero los españoles tomaron siete, ricamente cargados, bajo el mismo fuego del fuerte.

Duraba ya demasiado el sitio, y el día 6 de Enero del año siguiente de 82 dió el Duque de Crillon sus órdenes para atacarle á viva fuerza. Los ingleses que hasta entonces habían hecho algunas salidas, bien que infructuosas, se retiraron para esperar este ataque; pero tuvieron la fortuna de que lo impidiese una recia tempestad que disminuyó también por dos ó tres días el fuego de los sitiadores. Calmado el tiempo, volvió éste á empezar con más fuerza, y tuvieron la fortuna de incendiar los almacenes del fuerte de San Felipe.

Este accidente, la escasez y mala calidad de los víveres y el estrago que ocasionaba el escorbuto, fueron causa de que la plaza se viese obligada á rendirse, y habiendo hecho un fuego muy vivo la noche del 4 al 5 de Febrero, á que respondieron con la mayor fuerza las baterías

españolas, se vió el General Murray obligado á capitular en este día. Solicitó para rendirse las mismas condiciones que el Duque de Richelieu había concedido á los vencidos cuando tomó la plaza; pero lo rehusó Crillon, y fué preciso se conviniese en que la guarnición sería prisionera de guerra.

Al día siguiente por la mañana, puesta en parada sobre las armas la tropa del ejército combinado, desfiló la inglesa por medio de ella, tambor batiente y mecha encendida, y depusieron sus armas á la derecha del ejército, marchando á la retaguardia de todos el Estado mayor de la plaza, el General Murray y su segundo, William Draper. Acabada esta triste ceremonia, se reunieron todos los Oficiales para prestar los socorros necesarios á la guarnición. No obstante de que no quedaba en la plaza más que una bomba, y que la guarnición se hallaba reducida á 1.500 hombres, de los cuales los 700 estaban enfermos ó heridos, los otros no ocultaban su desesperación, y aun murmuraban injusta é inconsideradamente del General, porque había capitulado. El Duque de Crillon convidó á comer á la Plana mayor; pero Draper se excusó diciéndole le repugnaba el concurrir con un traidor. Murray dijo entonces á Crillon: *Apuesto á que éste, que hace diez días que me está matando para que rinda la plaza, diciéndome era in-*

útil toda resistencia, será el que más grite contra mí en Inglaterra.

El párrafo siguiente de la carta en que Murray participa al Ministerio este desgraciado suceso, merece leerse, por la idea que da, tanto del mal estado de la plaza como de la humanidad de los vencedores.

Copia de un párrafo de la citada carta:

«MYLORD:

»Me es forzoso noticiar á V. S. que el 5 de
»Febrero me he visto precisado á rendir el fuer-
»te de San Felipe á las armas de S. M. C., sin
»que pueda quedarme recelo de que por esto
»deje de reconocer la Europa entera el heroísmo
»de mis valerosos compañeros. El escorbuto se
»había apoderado de tal modo de la guarnición,
»y era de tan mala calidad, que la había redu-
»cido á solo 600 hombres de servicio, y los 500
»de ellos estaban cual más cual menos tocados
»de este mal. El resistir sólo tres días más hu-
»biera sido una temeridad, sin más fruto que el
»de acabar de perder la guarnición. Pero era
»tal el ardor de la tropa, que ocultaba su mal
»por no verse privada de la defensa de la plaza,
»de modo que muchos han quedado muertos
»estando de centinela. Puede ser que no se haya
»visto jamás un espectáculo más tierno ni más
»noble que el de esta lánguida, pero valerosa

»guarnición, desfilando por entre los dos ejércitos
»victoriosos. Sólo constaba entonces de 600 sol-
»dados moribundos, de 200 marineros, de 120
»hombres del Real Cuerpo de Artillería, de 20
»corsos y de 25 hombres más entre griegos, tur-
»cos y judíos.

»El ejército combinado se hallaba formado
»en dos líneas desde el glacis de la plaza hasta
»Jorgetown, donde nuestros batallones entrega-
»ron las armas, protestando las rendían sólo á
»Dios, lisonjeándose de que sus vencedores no
»se gloriarían de haber tomado un hospital. Era
»tan cierta esta proposición, que los mismos sol-
»dados españoles y franceses no pudieron dete-
»ner sus lágrimas á vista del miserable estado á
»que vieron se hallaba reducida nuestra guarni-
»ción. Produjo ésta el mismo efecto en el com-
»pasivo corazón del Duque de Crillon, cuya asi-
»dua y compasiva asistencia ha excedido en
»mucho mis esperanzas. Lo mismo puedo decir
»de los desvelos del Barón de Falkenhain, co-
»mandante de las tropas francesas, y del Mar-
»qués de Crillon, primogénito del Duque, cuya
»distinguida humanidad los hace dignos en esta
»ocasión de los mayores elogios.»

Halláronse en la plaza 300 cañones y 49 mor-
teros.

Perdió el ejército combinado en esta expedi-
ción 183 hombres, y había 280 entre enfermos y

heridos cuando se rindió la plaza, entre los cuales sólo había 20 de peligro.

Volvió el Duque de Crillon victorioso á Madrid y S. M. le hizo Capitán general, ascendiendo también á los demás Oficiales que se habían distinguido en el ejército.

Quedó en Mahón una guarnición competente á las órdenes del Brigadier D. Ventura Caro, que, en virtud de orden de la Corte, arrasó inmediatamente el hermoso fuerte de San Felipe, que tanto dinero había costado á la Inglaterra. Esta potencia, tan distante de aquella isla, debía tener en ella, para poder conservarla contra la Casa de Borbón, una fortaleza muy respetable, capaz de sostener un largo sitio que diese lugar á la llegada de los socorros de Inglaterra y á que sus fuerzas marítimas pudiesen venir á rechazar las de los enemigos destinadas á hacer el sitio. Pero esta misma fortaleza sería perjudicial á los españoles y franceses, pues sin ella, aun cuando los ingleses hiciesen un nuevo desembarco, la inmediación les facilita los medios de caer inmediatamente sobre ellos y de echarlos de la isla, lo cual no sería tan fácil hallándose dueños de una fortaleza competente.

Por esta razón he sido siempre de dictamen de que si Gibraltar llega á tomarse, es necesario arrasar inmediatamente todas sus fortificaciones, y trabajar con constancia por medio

de hornillos en poner en rampa muy accesible la montaña por parte de tierra, y en cegar enteramente aquel puerto por el cual desembarcaron los moros en España, y que ha sido y es un borrón para el reino en manos de los ingleses. Nuestras escuadras han estado abrigadas hacia la parte de Algeciras, donde pudiera hacerse un puerto como los demás de España, no sujeto á los grandes inconvenientes como el de Gibraltar.

Si Mahón hubiera tenido la extensión de terreno y las demás ventajas de que disfruta Gibraltar, y que dejó detalladas arriba, no se hubiera visto en la dura necesidad de rendirse por las razones que acabamos de ver.

Mientras las tropas españolas se coronaban de gloria en Europa, sostenían su honor con el mayor decoro y á costa de los mayores riesgos en la América meridional contra el rebelde Tupa-Amaro, de quien queda hecha mención arriba. Salió á atacarle á la cabeza de un cuerpo de tropas respetable el Brigadier D. Josef del Valle, que le encontró apostado ventajosamente en una altura inmediata al lugar que llamaba su capital. Obligóle á bajar al llano, donde habiéndole presentado batalla, le atacó con fuerza, púsole en precipitada fuga con su ejército, y al atravesar un río á caballo Tupa-Amaro, le cogió y entregó uno de sus propios caciques.

Tomáronse en el dicho lugar que llamaba su capital, seis cañones, á más de los que se vió obligado á abandonar en el campo; pero lo más importante de todo fué la adquisición de su correspondencia secreta, por la cual se vió el origen é intriga de aquella sublevación, de que resultaron pérdidas y desgracias mucho más considerables de lo que se ha dicho, y que han procurado ocultar y disminuirse en España. Inmediatamente fué ahorcado Tupa-Amaro y 18 de los principales de su partido. Otros fueron conducidos al Cuzco, y embarcados para España en el navío de guerra *San Pedro de Alcántara*, que pereció el día 2 de febrero de 86 sobre la costa de Portugal al pie de las rocas de Peniche. Yo, que me hallaba entonces de Embajador en Portugal, tuve la comisión de vigilar sobre la dirección del buceo hecho para el salvamento del rico tesoro de más de 8.000.000 de pesos que venía en este navío. Dirigió con tanto acierto y actividad este trabajo el Capitán de navío D. Francisco Muñoz de Goossens, que á los cinco meses del naufragio no llegaba ya á un 3 por 100 la pérdida, incluso en ella los gastos del buceo. Con este motivo ví á cuatro de aquellos indios prisioneros que se habían salvado del naufragio, y por más que les pregunté sólo pude sacar de ellos que eran *zonzos y que no sabían nada*; pero su traza era de muy taimados,

falsos y traidores. A la verdad que si los jueces no adelantan más que yo en las declaraciones, ha sido un gasto bien inútil este dilatado viaje.

La pérdida de este buque dió motivo á una providencia que, sin ella, debiera haber existido mucho tiempo hacía. Esta fué la de limitar los caudales que podrían venir en cada buque, para no exponer sobre uno tan crecidas sumas, y el permitir se cargasen éstas sobre todos los buques, sin estar como antes detenidos los caudales para esperar el registro, la flota ó el navío destinado á conducirlos, con grave perjuicio de la circulación, que debe ser continua. Efectivamente, desde el comercio libre, y más aún, desde esta providencia, puede verse por las *Gacetas* es continua la entrada de caudales en España en sumas pequeñas, lo que prueba que es constante la circulación de los caudales.

Estableció S. M. en este tiempo en Madrid el Banco Nacional de San Carlos, con 150.000 acciones de á 20.000 rs. cada una, que son 300 millones de fondo. Este útil Establecimiento, que ha puesto en acción muchos caudales muertos, y que ha empezado á dar en España ideas de circulación y á establecer una cierta confianza, se debió á D. Francisco Cabarrús, hoy Conde de Cabarrús, negociante francés, natural de Bayona. Este hombre, joven, activo y de un carácter emprendedor, aspiraba á una grande for-

tuna, y aun al Ministerio de Hacienda, en el cual hubiera sido sin duda útil por sus luces é inteligencia. Para esto quería acreditarse por medio de especulaciones grandes que fuesen provechosas al país y que hiciesen ver tenía calidades para llegar por la aclamación pública al puesto supremo á que aspiraba. A este fin propuso al Sr. Conde de Floridablanca, Ministro de Estado, y á D. Miguel de Muzquiz, el plano de un Banco Nacional con el título de San Carlos, que adoptaron ambos, y mandó establecer S. M. Es cierto hubo en él desde el principio algunas cosas que le hacían vicioso, v. gr., el permitir que las acciones pudiesen establecerse en mayorazgos, cuando uno de los motivos que impiden la circulación, industria y cultura de la España, es la multiplicidad de estos pequeños mayorazgos y capellanías, cuyo espíritu de estagnación es enteramente contrario, uno y otro, al que pretendía establecerse por medio del nuevo Banco. Por otro lado, éste tomaba á su cargo por costo y costas todas las provisiones y aun vestuarios del ejército con un 10 por 100 de beneficio, y se apropiaba exclusivamente el derecho de la extracción de la plata. Todas estas concesiones exclusivas debían con precisión fomentar desde su origen muchos poderosos enemigos contra este Establecimiento, como los Gremios, los Asentistas y otros ri-

cos particulares que disfrutaban de la utilidad de la extracción y de los asientos. Procuraban, pues, desacreditar el Banco, diciendo faltaba á su instituto y principal objeto admitiendo como Mayorazgo sus acciones, y que se exponía á quiebras y á padecer los efectos de las necesidades del Gobierno, tomando á su cargo unos asientos que dependían enteramente de él. Es cierto que estas dos objeciones eran óbvias y fundadas; pero por lo mismo no era posible que los mismos interesados no hubiesen conocido desde luego sus inconvenientes, cuando á mí, que no pretendo entender gran cosa en estas materias, me chocaron luego estos dos puntos. Pero reflexionando en ellos, hallé que en un país como el nuestro, en que hay poco ó ningún espíritu de comercio y circulación, sobre todo en los particulares, que llenos de desconfianza y de escrúpulos, necesitan dobles motivos y seguridades para exponer su caudal, prefiriendo su inacción infructuosa en un arca de tres llaves á su aumento con el menor riesgo; en un país en que toda novedad repugna é inspira desconfianza, no hubiera sido posible juntar ni 150.000 reales, sin haber hecho ver en el nuevo Establecimiento una seguridad como la que suponen debe tener todo lo que se llama Mayorazgo, autorizado por el Gobierno, y que así ésta habría sin duda sido la causa de emplear al principio un